

por un teatro popular de verdad

Por MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

● Nancy Cárdenas, la inteligente directora, ha dicho que hacer buen teatro es un acto revolucionario. Atenidos a esa concepción, nos ocupamos hoy de asuntos teatrales en estas líneas, habitualmente referidas a esa otra suerte de teatro que es la política.

Sigue siendo cierto que no hay público amplio para el teatro serio, reflexivo. Ciertamente, las salas donde se exhiben obras en que la frivolidad se confunde con la estulticia no están escasas de público. Pero aquellas que no desean limitarse a presentar sólo entretenimiento, sino que aspiran a conferir al teatro todo su rango literario, toda su fuerza comunicativa, suelen estar desiertas o, en el mejor de los casos, con sólo pocos asistentes.

Sobre ello ha meditado Carlos Ancira en sus "Imágenes", que sintetiza la angustia existencial de un actor. Ancira, uno de los más notables intérpretes del teatro en México, ha montado un monólogo que a sus calidades escénicas añade su valor testimonial. Es la confesión de un hombre metido en el teatro hasta el tuétano, y que 25 años después de haber comenzado a representar, se pregunta si su vida ha tenido sentido. Y se pregunta si el teatro mismo lo tiene.

La pieza es llevada a la escena, generalmente, ante un público de butacas, como el propio Ancira lo reconoce. No es único su caso. Y si bien el gobierno propicia ahora temporadas de teatro popular donde no faltan las buenas obras, las buenas representaciones, los precios no tan altos, la gente sigue sin ir.

Y es que se quiere persuadir a los adultos para que vayan al teatro, arrancándolos de espectáculos para los que han recibido entrenamiento desde siempre. El cine y la televisión están presentes en la vida de casi todos los niños de clase media baja hacia arriba. Pero el teatro no. En la ciudad de México, por ejemplo, sólo un teatro ofrece sistemáticamente teatro para niños, los fines de semana.

Las funciones de esa sala —el Teatro Orientación— dejan mucho que desear. La escenificación es frecuentemente pobre. La actuación es generalmente mediocre. Los temas son a menudo insulsos o pedestres, cuando no insultantes. No hace mucho, en una adaptación al medio mexicano de "La botella encantada", se cantaba al conformismo de una familia de "simpáticos rancheritos mexicanos", "muy pobres pero muy limpios".

Por contraste, se ha venido representando en el teatro Xola, los domingos, una versión esplendida de "Caperucita". La responsable de la puesta en escena es Margarita Bauche, que logra una representación hermosa y aleccionadora. Insertando a la Caperucita de Perrault en un contexto actual, logra extraerle enseñanzas antienajenantes que son plausibles, y suscitan el gusto por el teatro entre los niños.

Allí está la raíz. Un teatro popular de verdad comienza ineludiblemente preparando al público del mañana. ■